

todos ellos, aun a los más débiles y enfermos, los incluye amorosísimamente en su Corazón.

El sacramento de la Eucaristía, además de ser una imagen viva y admirabilísima de la unidad de la Iglesia —puesto que el pan que se consagra se compone de muchos granos que se juntan para formar una sola cosa ⁽¹⁶⁴⁾— nos da al mismo autor de la gracia sobrenatural, para que tomemos de él aquel Espíritu de caridad que nos haga vivir no ya nuestra vida, sino la de Cristo y amar al mismo Redentor en todos los miembros de su Cuerpo social.

Si, pues, en las tristísimas circunstancias que hoy nos acongojan son muy numerosos, los que tienen tal devoción a Cristo nuestro Señor, oculto bajo los velos eucarísticos, que ni la tribulación, ni la angustia, ni el hambre, ni la desnudez, ni el peligro, ni la persecución, ni la espada los puede separar de su caridad ⁽¹⁶⁵⁾, ciertamente en este caso, la sagrada Comunión, que no sin un designio de la divina Providencia ha vuelto a recibirse en estos últimos tiempos con mayor frecuencia desde la niñez, llegará a ser fuente de aquella fortaleza que suscitará y forjará no rara vez verdaderos héroes cristianos.

TERCERA PARTE

EXHORTACION PASTORAL

Errores de la vida Ascética

Esto es, Venerables Hermanos, lo que piadosa y rectamente entendido y diligentemente mantenido por los fieles, les podrá librar más fácilmente de aquellos errores que provienen de haber emprendido algunos arbitrariamente el estudio de esta difícil cuestión no sin gran riesgo de la fe católica y perturbación de los ánimos.

Falso «Misticismo»

Porque no faltan quienes, no advirtiendo bastante que el Apóstol Pablo habló de esta materia sólo metafóricamente, y no distinguiendo suficientemente, como conviene, los significados propios y peculiares de cuerpo físico, moral y metafísico, fingien una unidad falsa y equivocada, juntando y reuniendo en una misma persona física al divino Redentor con los miembros de la Iglesia y, atribuyendo a los hombres propiedades

(164) — Cf. *Didache*, IX, 4

(165) Cf. *Rom.*, VIII, 35.

(166) Cf. *Eph.*, V, 22-23.

divinas, hacen a Cristo nuestro Señor sujeto a errores y a la concupiscencia humana. Esta doctrina falaz, en pugna completa con la fe católica y con los preceptos de los Santos Padres, es también abiertamente contraria a la mente y al pensamiento del Apóstol, quien aun uniendo entre sí con admirable trabazón a Cristo y su Cuerpo místico, los opone uno a otro como el Esposo a la Esposa ⁽¹⁶⁶⁾.

Falso «Quietismo»

Ni está menos alejado de la verdad el peligroso error de los que pretenden deducir de nuestra unión mística con Cristo una especie de quietismo disparatado, que atribuye únicamente a la acción del Espíritu divino toda la vida espiritual del cristiano y su progreso en la virtud, excluyendo y despreciando la cooperación y ayuda que nosotros debemos prestarle. Nadie a la verdad podrá negar que el Santo Espíritu de Jesucristo es el único manantial del que proviene a la Iglesia y sus miembros toda virtud sobrenatural. Porque, como dice el Salmista, «la gracia y la gloria la dará el Señor» ⁽¹⁶⁷⁾. Sin embargo, el que los hombres perseveren constantes en sus santas obras, el que aprovechen con fervor en gracia y en virtud, el que no sólo tiendan con esfuerzo a la cima de la perfección cristiana sino que estimulen también en lo posible a los otros a conseguirla, todo esto el Espíritu celestial no lo quiere obrar, sin que los mismos hombres pongan su parte con diligencia activa y cotidiana. «Porque los beneficios divinos, dice San Ambrosio, no se otorgan a los que duermen sino a los que vela» ⁽¹⁶⁸⁾. Que si en nuestro cuerpo mortal los miembros adquieren fuerza y vigor con el ejercicio constante, con mayor razón sucederá eso en el Cuerpo social de Jesucristo, en el que cada uno de los miembros goza de propia libertad, conciencia e iniciativa. Por eso quien dijo: «Y yo vivo, o más bien yo no soy el que vivo: sino que Cristo vive en mí» ⁽¹⁶⁹⁾; no dudó en afirmar: «la gracia suya, (es decir, de Dios) no estuvo baldía en mí, sino que trabajé más que todos aquellos: pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo» ⁽¹⁷⁰⁾. Es, pues, del todo evidente que con estas engañosas doctrinas el misterio de que tratamos, lejos de ser de provecho espiritual para los fieles, se convierte miserablemente en su ruina.

Errores acerca de la confesión y la oración

Esto mismo sucede con las falsas opiniones de los que ase-

(167) — *Ps.*, LXXXIII, 12.

(168) — *Expos. Evang. sec. Luc.*, IV, 49: Migne, P. L., XV, 1626.

(169) — *Gal.*, II, 20.

(170) — *I Cor.*, XV, 10.

guran que no hay que hacer tanto caso de la confesión frecuente de los pecados veniales, cuando tenemos aquella más aventajada confesión general que la Esposa de Cristo hace cada día, con sus hijos unidos a ella en el Señor por medio de los sacerdotes que están para acercarse al altar de Dios. Ciertamente que, como bien sabéis, Venerables Hermanos, estos pecados veniales se pueden expiar de muchas y muy loables maneras; pero para progresar cada día con más fervor en el camino de la virtud, queremos recomendar con mucho encarecimiento el piadoso uso de la confesión frecuente, introducido por la Iglesia no sin una inspiración del Espíritu Santo, con el que aumenta el justo conocimiento, crece la humildad cristiana, se desarraigán las malas costumbres, se hace frente a la tibieza e indolencia espiritual, se purifica la conciencia, se robustece la voluntad, se lleva a cabo la saludable dirección de las conciencias, y aumenta la gracia en virtud del sacramento. Adviertan, pues, los que disminuyen y rebajan el aprecio de la confesión frecuente entre los jóvenes clérigos, que acometen una empresa extraña al Espíritu de Cristo y funestísima para el Cuerpo místico de nuestro Salvador.

Hay además algunos que niegan a nuestras oraciones toda eficacia propiamente impetratoria o que se esfuerzan por insinuar entre las gentes que las oraciones dirigidas a Dios en privado son de poca monta, mientras que las que valen de hecho son más bien las públicas, hechas en nombre de la Iglesia, ya que brotan del Cuerpo místico de Jesucristo. Todo eso es ciertamente erróneo; porque el divino Redentor tiene estrechamente unidas a sí, no sólo a su Iglesia, como a Esposa que es amadísima, sino en ella también a las almas de cada uno de los fieles, con quienes ansía conversar muy íntimamente, sobre todo después de que éstos se acercan a la Mesa Eucarística. Y aunque la oración común y pública, como procedente de la misma Madre Iglesia, aventaja a todas las otras por razón de la dignidad de la Esposa de Cristo, sin embargo todas las plegarias, aun las dichas muy en privado, lejos de carecer de dignidad y virtud contribuyen mucho a la utilidad del mismo Cuerpo místico en general, ya que en él todo lo bueno y justo que obra cada uno de los miembros redundará, por la Comunión de los Santos, en el bien de todos. Y nada impide a cada uno de los hombres, por el hecho de ser miembros de este Cuerpo, el que pidan para sí mismos gracias especiales, aun de orden terreno, con la debida sumisión a la voluntad divina; toda vez que son personas libres y sujetas a especiales necesidades ⁽¹⁷¹⁾. Y cuán grande aprecio hayan de tener todos de la meditación de las

(171) — Cf. S. Thom., II-II, q. 83, a. 5 et 6.

cosas celestiales, se demuestra no sólo por las enseñanzas de la Iglesia, sino también por el uso y ejemplo de todos los santos.

Ni faltan, finalmente, quienes dicen que no hemos de dirigir nuestras oraciones a la persona misma de Jesucristo, sino más bien a Dios o al Eterno Padre por medio de Cristo, ya que hay que tener a nuestro Salvador, en cuanto Cabeza de su Cuerpo místico, sólo en razón de «mediador entre Dios y los hombres» ⁽¹⁷²⁾. Sin embargo, esto no sólo se opone a la mente de la Iglesia y a la costumbre de los cristianos, sino que aun contraría a la verdad. Porque, hablando con propiedad y exactitud, Cristo es a la vez, según su doble naturaleza, Cabeza de toda la Iglesia ⁽¹⁷³⁾; por lo demás, El mismo aseguró solemnemente: «Si algo pidieréis en mi nombre, lo haré» ⁽¹⁷⁴⁾. Y aunque principalmente en el Sacrificio Eucarístico —en el cual Cristo es a un tiempo sacerdote y hostia y desempeña de una manera peculiar el oficio de conciliador— las oraciones se dirigen con frecuencia al Eterno Padre por medio de su Unigénito, sin embargo, no es raro que aun en este mismo sacrificio, se eleven también preces al Divino Redentor; ya que todos los cristianos deben conocer y entender claramente que el hombre Cristo Jesús es el mismo Hijo de Dios, y El mismo Dios. Aún más, mientras la Iglesia militante adora y ruega al Cordero sin mancha y a la sagrada Hostia, en cierta manera parece responder a la voz de la Iglesia triunfante que perpetuamente canta: «Al que está sentado en el trono y al Cordero: bendición y gloria e imperio por los siglos de los siglos» ⁽¹⁷⁵⁾.

Exhortación a amar a la Iglesia

Después que, como Maestro de la Iglesia universal, hemos iluminado las mentes con la luz de la verdad comentando este misterio que comprende la arcana unión de todos nosotros con Cristo, juzgamos, Venerables Hermanos, propio de Nuestro oficio pastoral, estimular también los ánimos a amar íntimamente este místico Cuerpo con aquella encendida caridad que se manifiesta no sólo en el pensamiento y las palabras, sino también en las mismas obras. Porque si los que profesaban la Antigua Ley cantaron de su Ciudad terrena: «Si me olvidares de tí, Jerusalén, sea entregada al olvido mi diestra: mi lengua péguese a mis fauces, si no me acordare de tí; si no me propusiere a Jerusalén como el principio de mi alegría» ⁽¹⁷⁶⁾, con cuánta mayor

(172) — I Tim., II, 5.

(173) — Cf. S. Thom., De Veritate, q. 29, a. 4, c.

(174) — Ioann., XIV, 14.

(175) — Apoc., V, 13.

(176) — Ps., CXXXVI, 5-6.

gloria y más efusivo gozo no nos hemos de regocijar nosotros, porque habitamos una Ciudad construida en el monte santo de vivas y escogidas piedras «siendo Cristo Jesús la primera piedra angular» (177). Puesto que nada más glorioso, nada más noble, nada, a la verdad, más honroso se puede pensar que formar parte de la Iglesia santa, católica, apostólica, y Romana por medio de la cual somos hechos miembros de un solo y venerando Cuerpo, somos dirigidos por una sola y excelsa Cabeza, somos penetrados de un solo y divino Espíritu; somos, por último, alimentados en este terreno destierro con una misma doctrina y un mismo angélico Pan, hasta que por fin gocemos en los cielos de una misma felicidad eterna.

Tengamos amor sólido

Pero, para que no seamos engañados por el ángel de las tinieblas que se transfigura en ángel de luz (178), sea ésta la suprema ley de nuestro amor: que amemos a la Esposa de Cristo cual El la quiso y con su sangre la adquirió. Conviene, pues, tengamos gran afecto no sólo a los Sacramentos con los que la Iglesia, piadosa Madre, nos alimenta; no sólo a las solemnidades con las que nos solaza y alegra, y a los sagrados cantos y a los ritos litúrgicos que elevan nuestras mentes a las cosas celestiales, sino también a los sacramentales y a los diversos ejercicios de piedad, mediante los cuales la misma Iglesia suavemente llena y consuela las almas de los fieles con el Espíritu de Cristo. Ni sólo tenemos el deber de corresponder, como conviene a hijos, a aquella su maternal piedad para con nosotros, sino también el de reverenciar su autoridad recibida de Cristo y que cautiva nuestros entendimientos en obsequio del mismo Cristo (179); y por esta razón se nos ordena sujetarnos a sus leyes y a sus preceptos morales a veces un tanto duros a nuestra naturaleza, decaída de su primera inocencia; y que reprimamos con la mortificación voluntaria nuestro cuerpo rebelde; más aún, se nos aconseja abstenernos también de vez en cuando de las cosas agradables aunque sean lícitas. No basta amar este Cuerpo místico por el esplendor de su divina Cabeza y de sus celestiales dotes; sino que debemos amarlo también con amor eficaz, según se manifiesta en nuestra carne mortal, es decir, constituido por elementos humanos y débiles, aun cuando éstos a veces no respondan debidamente al lugar que ocupan en aquel venerando Cuerpo.

(177) — Eph., II, 20; I Petr., II, 4-5.

(178) — Cf. II Cor., XI, 14.

(179) — Cf. II Cor., X, 5.

Para ver a Cristo en la Iglesia

Mas para que este amor sólido e íntegro more en nuestras almas y aumente de día en día, es necesario que nos acostumbremos a ver en la Iglesia al mismo Cristo. Porque Cristo es quien vive en su Iglesia, quien por medio de ella enseña, gobierna y confiere la santidad; Cristo es también quien de varios modos se manifiesta en sus diversos miembros sociales. Cuando, según eso, los fieles todos se esfuerzan realmente por vivir con este espíritu de fe viva, entonces ciertamente no sólo honrarán y rendirán el debido acatamiento a los miembros más elevados de este Cuerpo místico y a aquellos sobre todo que, por mandato de la divina Cabeza, tendrán que dar un día cuenta de nuestras almas (180), sino que también tendrán en su corazón a aquellos a quienes nuestro Salvador mostró amor singularísimo: es decir, a los débiles, a los heridos, a los enfermos, que necesitan la medicina natural o la sobrenatural; a los niños cuya inocencia corre hoy tantos peligros y cuyas tiernas almas se modelan como la cera; a los pobres, finalmente, a quienes debemos socorrer reconociendo en ellos con suma piedad la misma persona de Jesucristo.

Porque como justamente advierte el Apóstol: «Mucho más necesarios son aquellos miembros del cuerpo que parecen más débiles; y a los que juzgamos miembros más viles del cuerpo, a éstos ceñimos de mayor adorno» (181). Expresión gravísima, que, por razón de Nuestro altísimo oficio, juzgamos deber repetir ahora, cuando con íntima aflicción vemos que a veces se priva de la vida a los contrahechos, a los dementes, a los afectos de enfermedades hereditarias, por considerarlos como carga molesta de la sociedad; y que algunos alaban esta manera de proceder como una nueva invención del progreso humano, sumamente provechoso a la utilidad común. Pero, ¿qué hombre sensato no ve que esto se opone gravísimamente no sólo a la ley natural y divina (182), grabada en la conciencia de todos sino también a los más íntimos sentimientos humanos? La sangre de estos hombres tanto más amados del Redentor cuanto más dignos de compasión, «clama a Dios desde la tierra» (183).

Imitemos el amor de Cristo a la Iglesia

Mas para que poco a poco no se vaya enfriando la sincera caridad, con que debemos mirar a nuestro Salvador en la Igle-

(180) — Cf. Hebr., XIII, 17.

(181) — Cf. I Cor., XII, 22-23.

(182) — Cf. Decret. S. Officii, 2 Dec. 1940: A. A. S., 1940, p. 553.

(183) — Cf. Gen., IV, 10.

sia y en los miembros de ella, es muy conveniente contemplar al mismo Jesús como ejemplar supremo de amor para con la Iglesia.

a) — En la plenitud del afecto

Y en primer lugar imitemos la amplitud de este amor. Una es a la verdad la Esposa de Cristo, la Iglesia; sin embargo, el amor del divino Esposo es tan vasto, que, no excluye a nadie, sino que abraza en su Esposa a todo el género humano. Y así nuestro Salvador derramó su sangre, para reconciliar con Dios en la cruz a todos los hombres de distintas naciones y pueblos mandando que formasen un solo Cuerpo. Por lo tanto el verdadero amor a la Iglesia exige no sólo que en el mismo Cuerpo seamos recíprocamente miembros solícitos los unos de los otros (184), que se alegran, si un miembro es glorificado y se compadecen si otro sufre (185), sino que aun a los otros hombres que todavía no están unidos con nosotros en el Cuerpo de la Iglesia, los reconozcamos como hermanos de Cristo según la carne, llamados juntamente con nosotros a la misma salvación eterna. Es verdad, desgraciadamente, que principalmente en nuestros días no faltan quienes se jacten con arrogancia de su aversión, de su odio, de su envidia, como de algo que eleva y enaltece la dignidad y el valor humanos. Pero nosotros, mientras contemplamos con dolor los funestos frutos de esta doctrina, sigamos a nuestro pacífico Rey que nos enseñó a amar no sólo a los que no provienen de la misma nación, ni de la misma estirpe (186), sino aun a los mismos enemigos (187). Nosotros, penetrado el ánimo de la suavísima frase del Apóstol de las gentes, cantemos con él mismo cuál sea la longitud, la anchura, la altura, la profundidad de la caridad de Cristo (188), que, ciertamente, ni la diversidad de pueblos y costumbres puede romper, ni el espacio del inmenso océano disminuir, ni las guerras, emprendidas por causa justa o injusta, disolver.

En esta gravísima hora, Venerables Hermanos, en la que tantos dolores desgarran los cuerpos y tantas aflicciones las almas, conviene que todos sean estimulados a esta celestial caridad, para que crunadas las fuerzas de todos los buenos —y mencionamos principalmente a los que en toda clase de asociaciones se ocupan de socorrer a los demás— se venga en auxilio de tan

(184) — Cf. Rom., XII, 5; I Cor., XII, 25.

(185) — Cf. I Cor., XII, 26.

(186) — Cf. Luc., X, 33-37.

(187) — Cf. Luc., VI, 27-35; Matth., V, 44-48.

(188) — Cf. Eph., III, 18.

ingentes necesidades de alma y cuerpo, con admirable emulación de piedad y misericordia; y así vienen a resplandecer en todas partes la industriosa generosidad y la inagotable fecundidad del Cuerpo místico de Jesucristo.

b) — En la perseverancia y eficacia

Y puesto que a la amplitud de la caridad con que Cristo amó a su Iglesia corresponde en El una constante eficacia de esa misma caridad; también nosotros debemos armar al Cuerpo místico de Cristo con asidua y fervorosa voluntad. Ciertamente no puede señalarse un momento en el cual nuestro Redentor, desde su Encarnación, cuando puso el primer fundamento de su Iglesia, hasta el término de su vida mortal, no haya trabajado hasta el cansancio, a pesar de ser Hijo de Dios, ya con los fúlgidos ejemplos de su santidad, ya predicando, conversando, reuniendo y estableciendo, para formar o confirmar su Iglesia. Deseamos, pues, que todos cuantos reconocen a la Iglesia como a Madre, ponderen atentamente que no sólo los ministros sagrados y aquellos que se han consagrado a Dios en la vida religiosa, sino también los demás miembros del Cuerpo místico de Jesucristo tienen obligación, cada uno según sus fuerzas, de colaborar intensa y diligentemente en la edificación e incremento del mismo Cuerpo. Y deseamos que de una manera especial adviertan esto —aunque por lo demás lo hacen ya laudablemente— los que militando en las filas de la Acción Católica cooperan en el ministerio apostólico con los Obispos y los sacerdotes que en asociaciones piadosas prestan como auxiliares su ayuda al mismo fin. Y no hay quien no vea que el celo iluminado de todos estos es ciertamente, en las presentes condiciones, de suma importancia y de máxima trascendencia.

Y no podemos pasar aquí en silencio a los padres y madres de familia a quienes nuestro Salvador confió los miembros más tiernos de su Cuerpo místico; insistentemente, pues, induzcámosles, por el amor de Cristo y de la Iglesia, a que miren con diligentísimo cuidado por la prole que se les ha encomendado, y se esfuercen por preservarla de todo género de insidias con las cuales hoy tan fácilmente se la seduce.

c) — Sin descuidar las oraciones

De una manera muy particular mostró nuestro Redentor su ardentísimo amor para con la Iglesia en las piadosas súplicas